

2° Ficha: EL AMOR AL PROJIMO

*«Si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él éste mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano»
(1 Jn 4, 20-21).*

Así como conocimos en la ficha anterior, que el amor de Dios es la **virtud reina** de todas las otras virtudes, que constituye toda la perfección cristiana y nos lleva a ser santos; el amor de Dios no puede estar solo: necesariamente debe juntarse con el amor al prójimo. Estos dos amores son como dos arroyos que nacen de la misma fuente y no pueden estar separados uno del otro.

En efecto, la caridad tiene su fuente en el Padre, se revela plenamente en la Pascua del Hijo, crucificado y resucitado, y es infundida en nosotros por el Espíritu Santo. En ella Dios nos hace partícipes de su mismo amor.

Quien ama de verdad con el amor de Dios, amará también al hermano como él lo ama. Aquí radica la gran novedad del cristianismo: no puede amar a Dios quien no ama a sus hermanos, creando con ellos una íntima y perseverante comunión de amor.

El amor al prójimo tiene una connotación cristológica, dado que debe adecuarse al don que Cristo ha hecho de su vida:

«En esto hemos conocido lo que es amor: en que El dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3, 16).

Ese mandamiento, al tener como medida el amor de Cristo, puede llamarse «nuevo» y permite reconocer a los verdaderos discípulos:

«os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13, 34-35).

Separar el amor al hombre del amor a Dios lleva a quedarnos en la pequeña medida de nuestro amor. Jesús nos pide no un amor "humanista" -sensato, correcto, te doy lo que me das- sino que nos invita a un salto: amar sin condiciones, sin cálculos de respuestas, hasta dar la vida, como Él lo hizo. Creer que amando al hombre es como amamos a Dios significa que queremos ir más lejos y descubrir en cada hombre y en cada mujer, el misterio de un Dios allí presente.

Sólo quien se interesa por el prójimo y sus necesidades muestra concretamente su amor a Jesús. Si se cierra o permanece indiferente al «otro», se cierra al Espíritu Santo, se olvida de Cristo y niega el amor universal del Padre.

PARA REFLEXIONAR y LLEVAR A LA PRÁCTICA:

Debemos entender que mi prójimo es aquel que está en mi proximidad, **quien quiera que sea**. Debemos tener cuidado de no manipular al prójimo, es decir, de no *escoger* quién es mi prójimo, evitando así que determinada gente que me desagrada, entre en mi proximidad, ya que de esta forma amaría sólo a la gente que es como yo, que me agrada.

¿Cómo puedo saber si amo verdaderamente a mi prójimo?

Cuando amo al pobre (no necesariamente un pobre de pobreza material) sino a aquél a quién ayudando, no gano nada.

Experiencia de la vida real:

En un época difícil de nuestro país, llegó un terrorista herido de bala a una posta de urgencia. El médico decidió atenderlo sabiendo que era un prófugo y que el no entregarlo a la policía inmediatamente podía perjudicarlo, sin embargo, optó por salvarle la vida. El terrorista recuperado siguió su fuga y el médico fue tomado preso por no haberlo entregado.

Este caso extremo nos muestra a una persona que reconoce al prójimo y opta por él, antes que por sí mismo. Es decir, optó por quien, a los ojos del hombre, no le convenía decidir, porque ayudándolo no ganaba nada, por el contrario, podía verse perjudicado como de hecho ocurrió. Quizás nunca en tu vida pases por situaciones tan extremas, pero la enseñanza es que mi prójimo no es sólo aquél a quien yo quiero escoger, sino aquél que Dios a puesto a mi lado, independiente de que el ayudarlo me signifique ganar o perder algo. Lo que hago por mi prójimo debe ser producto de un amor desinteresado, y de esta forma vivir amándonos unos a otros, gratuitamente, como Cristo nos ama.

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN :

1. ¿Alguna vez has seleccionado a tu prójimo de acuerdo a tu conveniencia?
2. ¿Te esfuerzas en ayudar a quien te necesita cuando es alguien que te desagrada o que no provoca interés en ti?
3. ¿Te preocupas del pobre tanto material como espiritual? ¿Cómo se manifiesta esa preocupación? ¿Cómo puedes mejorar esta ayuda que les estás entregando?
4. ¿Reconoces al prójimo en los miembros de tu familia, en tus compañeros de curso, en tus vecinos, o tiendes a buscarlo fuera de tu entorno?
5. ¿Qué es lo que te mueve ayudar a tu prójimo?
 - El Amor que Dios te entrega.
 - Ayudar por que ayudar es bueno.
 - recibir algo a cambio (sólo sentirte bien, que te agradezcan, etc).
6. ¿Qué formas de ayuda practicas? (material, tiempo, compañía, oración, escucha, etc.)
7. ¿Estoy consciente de que para amar a mi prójimo debo conocerlo, pues no puedo amar a quien no conozco?

*“Si quieres ser bendecido por Dios en la vida,
si quieres ser consolado en la muerte,
si quieres de veras tener una eternidad feliz, pues bien,
ten siempre en el pecho un corazón tierno,
eficazmente compasivo hacia los pobres,
siempre lleno de caridad y misericordia hacia todos.
Ya te lo dije, te lo repito con nueva sinceridad:
tendrás bendiciones en vida,
consuelo en la hora final y el Paraíso será tuyo”.*

Padre José Frassinetti